

## ORACION

PRONUNCIADA EN LA FIESTA DE LA BORDADITA  
EL 12 DE OCTUBRE DE 1919

*Regina formosissima  
Christo jugata principi*

(Del «Himno del oficio de dedicación»)

Aún hay olor de fiesta; las notas del himno triunfal a María Virgen se oyen a distancia con la gratisima armonía de las cosas muy apetecidas y por fin alcanzadas; el entusiasmo de las horas de ayer se perpetúa con reflejos de satisfacción en las miradas de cuantos saludaron el paso de nuestra reina: hoy el Colegio del Rosario celebra la fiesta de su celestial protectora.

No es obligada excusa: cuando de hablaros se me dijo, vine en ello gustoso porque vuestro Rector es mi maestro y no pequeña honra me dispensaba, y, no obstante que para anunciar las cosas de Dios no es título el prestigio o los años sino el encargo de la Iglesia; temía hablaros y hablaros de Nuestra Señora y no porque no me urgiese el deseo, que bien quisiera tener voz harto elocuente para fijar en el pecho de todos los hombres la imagen de la que con piedad tanto más sincera cuanto más necesitada, llamo madre, sino porque, o había de recoger tradiciones y me hacéis ventaja, o de excitaros a su devoción y os hiciera injuria, o de exponeros sus dogmas y falto de habilidad caería, sin duda, en infructuosa aridez.

Sabido además que María, perfección y hermosura de toda virtud, es como el resumen de la Iglesia por madre de su cabeza adorable, reina de sus apóstoles y pontífices, de sus héroes y de sus santos y refugio universal del creyente, y que en ella, como dice el piadoso

fundador de San Sulpicio (1), ve Dios sublimada a la Iglesia de la tierra y a la del cielo, pues María compendia a la Iglesia y la Iglesia vive en María, no me pareció extraño de esta solemnidad hacer objeto de mi sencilla predicación a la santa Iglesia, discurrendo por algunos nombres con que en las Santas Escrituras se la designa para deducir luégo algunas conclusiones de vida cristiana.

El favor de la Bordadiia sea con nosotros. (Ave María).

Enseña el maestro Fray Luis «que todos los nombres que por orden de Dios se ponen traen consigo significación de algún particular secreto que la cosa nombrada en sí tiene» (2) y añade luégo que como «quien infunde agua en algún vaso de cuello largo y estrecho la envía poco a poco y no toda y de golpe, así se ha el Espíritu Santo en enseñar y poner de manifiesto muchas verdades y misterios.» Y ésta es razón por la cual con multiplicadas figuras y variados nombres en los dos testamentos, se significa el establecimiento, progreso y final victoria de la Iglesia así como su propio sér y perfecciones, dotes y particulares privilegios. Ora es el arca que defiende en su seno las semillas de la humanidad anegada; ya el pueblo depositario del fuego de la verdad, vislumbre del claro resplandor de la nueva alianza; cuando, como en los sueños del rey asirio, es la pedrezuela que desgajada del monte hiere en los pies al coloso, le derriba y crecida en montaña llena la tierra, y allá en las visiones de San Juan Evangelista, es la ciudad que triunfalmente engalanada abre sus puertas de pedrería deslumbrante para recibir a la muchedumbre de las naciones.

(1) *Vida interior de María.*

(2) *Nombres de Cristo.*—Capítulo I, de los nombres en general.

Llámalas con nombre de ciudad el rey profeta en los salmos: *Gloriosa dicta sunt de te civitas Dei*. Y Oseas, y Salomón en el libro de los Cantares con nombre de esposa. Y para San Pablo en las epístolas a los efesios y a los colosenses, es el cuerpo místico de Cristo. Hablan los evangelistas de la casa del padre de familias y del rebaño cuyo pastor es Jesús, dándonos a entender con tan consoladores nombres cómo los principios de la Iglesia son de amor y sus leyes de ternura y sus fines de mucha felicidad. Contétemonos con estos tres nombres: ciudad, esposa y cuerpo místico de Cristo.

Viniendo al nombre de ciudad, declárase con él, cuál sea la condición propia de la Iglesia que es ser sociedad perfecta; pues como en toda ciudad y reino bien ordenado hay autoridad y súbditos, fines que alcanzar y proporcionados medios, no de otra suerte en la Iglesia hay autoridad que ordena y súbditos que obedecen los ordenamientos, fines, y de soberana excelencia medios, y de divina eficacia.

Háanse dicho de tí cosas gloriosas ¡oh ciudad de Dios! La hemos visto y *es incommovible* porque sus fundamentos son de infalibilidad, es muy extensa como que abarca el universo, son muy nobles en sus blasones de gracia y santificación y no hay sino abundancia en sus torres y en sus baluartes (1). No importa que batan sus muros, el Señor es su defensor y nada le faltará y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Una alborada de martirio fue precursora del día ilustre de sus victorias, y cuando al caer la tarde el ángel de las antiguas profecías anuncie que no hay más tiempo y caiga la sombra y la nada sobre todas las instituciones humanas, la Iglesia o ciudad de Dios, la nueva Jerusalén transformada en la *beata pacis visio* de los himnos

(1) Salmo VII.

litúrgicos se alzarán dominadora sobre el horizonte de la eternidad.

Hay en el antiguo testamento un libro misterioso en extremo. Es una sublime poesía que llaman los que de esto entienden, epitalamio: esposo y esposa dialogan y coros de doncellas hebreas intervienen celebrando las perfecciones de los desposados. Buscad en las páginas profanas algo comparable a los poemas del rey sabio. Allí no hay arte: es la armonía espontánea y enamorada de los dos primeros seres humanos en la alborada del mundo, cada verso es brisa de paraíso y el conjunto música de naturaleza virgen: el hombre aún inocente y oloroso a Dios!

¿Quién es aquella esposa cuyos cabellos son como manto destocado de reyes, de labios hermosos como franja de viva escarlata y ojos tan limpios como los cristalinos estanques del Hesebón? (1) Acaso la prometida princesa egipcia? Y aquel esposo de nombre tan suave como bálsamo derramado, tan apetecible como un manojito de ciprés, es por ventura el príncipe israelita? Ciertamente que el motivo histórico de componer Salomón este canto fueron sus desposorios con la hija de los Faraones, mas ¿quién no ve bajo el velo de la alegoría esotro sentido altísimo, como por las ventanas de un palacio se descubre la magnificencia interior de los salones y jardines? Ello es verdad que todos los expositores han entendido esto de Cristo y de su esposa la Iglesia.

Enséñalo así el de León en su áureo libro de los *Nombres de Cristo*, en donde llegando al nombre de esposo, dice: que todo este libro (el de *Los Cantares*) no es sino un dibujo vivo de todo aquel trato amoroso (2)

(1) Libro de los Cantares.

(2) *Nombres de Cristo*.—Libro II.

y dulce que hasta aquí ha habido y de aquí en adelante ha de haber entre estos dos esposo y esposa (Cristo y la Iglesia. Y continúa con elegante manera aplicando las palabras del sagrado libro a los diversos estados de la Iglesia, que él divide en tres: de naturaleza, de ley y de gracia, que es en el que al presente estamos.

Ni faltan razones para llamar a la Iglesia esposa de Cristo, pues su propio objeto y fin es hacernos renacer por el agua y el Espíritu Santo para hacernos hijos de Dios. Del costado del primer Adán dormido salió Eva, madre infortunada de la raza pecadora, mas del costado de Cristo dormido con sueño reparador, salió la Iglesia madre fecunda de los herederos del cielo!

Y se llama cuerpo místico de Cristo por el modo como este divino Señor influye en sus fieles, que es como la cabeza en sus miembros, pues así como la cabeza en el hombre como que preside y derrama en todo él sus vigores, así Cristo en los suyos comunicándoles vida de fe y caridad. Y si es común ejemplo en tratándose de sociedad el ejemplo de la cabeza y los miembros, con más razón se dirá esto de la Iglesia, pues con más estrecho lazo y más apretado nudo se une a su divino jefe. Confírmase esta doctrina con palabras de San Pablo *et ipse est caput corporis ecclesiae* y en otro lugar: ha sido constituido cabeza de la Iglesia, la cual es su cuerpo.

Motivo de justa alegría. Cristo nos ama y regala como todo hombre a su cuerpo; y si para su carne sacramentada ordenó hacer templos y altares, para nosotros, cuerpo místico suyo, tiene dispuesto un santuario no hecho por mano de hombres y nos quiere hacer partícipes de su misma felicidad.

Vengamos ya a las cosas que de lo dicho se desprenden: pues somos ciudadanos de ciudad tan esclarecida obedezcamos sus leyes y mandamientos y demos

tributo de obediencia; pues la Iglesia es esposa de Cristo y somos hijos de madre tan llena de perfecciones, amémosla con toda la fuerza del corazón, y, miembros de su cuerpo místico, tócanos el deber, si así puede decirse, de la conservación, quienes volviendo por su causa y defendiendo sus sacratísimos derechos, todos honrándola con ejemplares costumbres.

Hoy es la fiesta de la raza. No sin secreta providencia la aurora de la vida civilizada brilló para el continente nuevo con la cruz redentora y el nombre consolador de María ¡augurio venturoso para el futuro americano! Colombia ofrendó a María diadema real y la aclamó su soberana; el Colegio del Rosario, semillero de héroes, cuna de la república como lo llamó vuestro Rector y mi maestro, la honra como a madre, la oca como a su protectora y ve en ella su más sublime inspiración.

Delante de esa imagen venerable que llamamos la Bordadita, empalidecida su urdimbre de oro porque han llovido sobre ella las horas de muchos años, vense pasar en desfile glorioso trajes de togados, vestidos de la colonia y de la república, frentes pensativas de sabios, rostros iluminados de héroes, aquél va ufano con su carga de pensamiento a morir en el altar de la patria, quién muestra la insignia augusta de los libertadores y todos llevan beca blanca y sobre el pecho la heráldica cruz de Calatrava! se me antoja que ese escudo es pasaporte de grandeza!

Jóvenes, os toca continuar el desfile! Sed como los que os precedieron, cristianos decididos, devotos de María y fieles hijos del Colegio!

ALVARO SANCHEZ  
Presbítero.